

KARL POLANYI. EL RACIONALISMO ECONÓMICO COMO MOTOR DE LA UTOPIA LIBERAL

KARL POLANYI. THE ECONOMIC RATIONALISM AS THE MOTOR OF THE LIBERAL UTOPIA.

MAIALEN GOIKOETXEA BERDONCES

40

INTRODUCCIÓN. El presente artículo nace con la pretensión de traer el pensamiento del filósofo, economista y antropólogo Karl Polanyi (1886-1964). Sus obras, que creemos aún de gran importancia, fueron escritas principalmente entre los años 1930 y 1960, y arrojaron una nueva perspectiva⁵⁹ en la lectura de la historia económica europea. Intentaremos mostrar su pensamiento pero vertebrándolo desde lo que, a nuestro parecer, nuclea todo su análisis, a saber, lo que él llama racionalismo económico o falacia económica. En pocas palabras, lo que nos muestra el autor es que la crisis humana a la que se enfrentó el siglo XX fue inevitable debido a una mala lectura del panorama social y, causada a su vez, porque la civilización del siglo XIX se erigió sobre esta mala lectura. De esta forma, Polanyi muestra el peligro de las teorizaciones y su poder para crear realidad, mientras reivindica las experiencias singulares y la vida más allá de lo económico como realidades políticas a tener en cuenta en todo análisis histórico, antropológico y sociológico.

⁵⁹ Si bien con perspectiva actual me refiero ahora a una perspectiva general del panorama y realidad social y política, es posible concretar más esta relación con políticas actuales. El análisis de Polanyi nos dota de herramientas para comprender nuestra propia época, y creo que es posible comprender las políticas de la identidad o políticas de la coalición como herederas del mismo. En ambos pensamientos podemos encontrar una reivindicación por lo *cultural* entendiendo no sólo este ámbito como necesario, sino como productor de opresiones también, una reivindicación de un individualismo de corte nietzscheano como premisa para construir comunidad y la reivindicación de la experiencia individual ante herramientas teóricas demasiado generales y totalizadoras. Para defender esto es preciso acudir a la discusión entre Nancy Fraser, Iris Young y Judith Butler. Habrá que dejar esta investigación para futuros trabajos dado que la extensión del presente artículo limita el poder hacer estas relaciones y comparaciones de una manera satisfactoria, coherente y seria.

LA GRAN TRANSFORMACIÓN. La tesis principal del autor es que la economía ha sido artificialmente separada de la sociedad, ganando cada vez más autonomía de manera tal que ha quedado como figura de autoridad en el devenir de la sociedad. Polanyi critica una suerte de reduccionismo económico miope que consiste en acudir exclusivamente a la dimensión económica —separada artificialmente— para explicar, justificar o predecir el movimiento de la sociedad en general y el progreso social en particular, ignorando y menospreciando un tipo de perspectiva precisamente social. Este enfoque, criticado por nuestro autor, mientras que en negativo obstaculizó una visión más holística de la crisis social que acaecía en los años 30, en positivo se reprodujo mediante herramientas teóricas que innegablemente afectaron a la propia forma de entender el mundo, la historia, la sociedad y el propio ser humano. Valga la siguiente cita para resumir brevemente lo que desarrollaremos más adelante:

41

La característica fundamental del sistema económico del siglo diecinueve fue que se había separado institucionalmente del resto de la sociedad. En una economía de mercado, la producción y distribución de bienes materiales se lleva a cabo mediante un sistema autorregulador de mercados, regido por sus propias leyes de la oferta y la demanda, que se basan en dos simples motivos: el temor al hambre y el deseo de ganancia. Este orden institucional queda así separado de las instituciones no económicas de la sociedad: la organización de parentesco y los sistemas políticos y religiosos. Ni los lazos de sangre, ni las obligaciones legales, ni los mandamientos religiosos, ni la lealtad ni la magia crearon situaciones sociológicamente definidas que aseguraran la participación de los individuos en el sistema, sino que fueron instituciones como la propiedad privada de los medios de producción o el sistema de salarios las que se definieron en términos puramente económicos.⁶⁰

Una vez establecido este marco, tres son las nociones centrales —e interconectadas— en el análisis de la que es su obra magna, *La gran transformación*: las mercancías ficticias, el doble movimiento de la sociedad y la racionalización de la economía. Polanyi se vale de estas nociones para justificar por qué considera el sistema de libre mercado como una utopía: atenta contra la misma sustancia humana.

Por una parte, considera que el sistema mercantil se basa en el establecimiento de tres mercancías: el dinero, la mano de obra y la tierra. El establecerlas como mercancías es otro de los procesos por los que la economía, y todo lo relacionado con ella, prevalecen sobre cualquier otro ámbito. Considerar la mano de obra como mercancía es considerar al propio ser humano como tal. Se consigue así denigrar la propia naturaleza humana

⁶⁰ K. POLANYI, *El sustento del hombre*, Mondadori, Barcelona, 1994, p.121.

a un átomo más del sistema mercantil, se subyuga a éste.

Por otra parte, analiza el doble movimiento en el devenir de la sociedad. Había sido ya considerado por los teóricos liberales como algo negativo al desarrollo y progreso del sistema de mercado, pero Polanyi subraya su importancia como protector de la sociedad: ante cada nueva medida mercantil, surgían medidas sociales que protegerían la sociedad de la economización. Mediante el doble movimiento Polanyi subraya dos cuestiones interesantes: por una parte, el intervencionismo ha sido criticado desde la teoría liberal por ir en contra de la naturaleza del mercado autorregulado, por no dejar que sus “leyes naturales” funcionaran libremente, pero no se tiene en cuenta las intervenciones que fueron necesarias, en primer lugar, para instaurar tal sistema. De esta forma vuelve a remarcar el carácter artificial del mercado como sistema universal y los intereses ocultos detrás de teorías, pensamientos y conceptos mismos. Por otra parte, queda patente la definición parcial de clase que se ha manejado. La clase social se definió como clase económica, de forma que tanto teorías liberales como marxistas entendieron las fuerzas y luchas históricas en términos, de nuevo, puramente económicos. Sin embargo, la clase es algo mucho más que lo meramente económico, está atravesada por otras muchas determinaciones, y hay que entender éstas como determinaciones sociales. Si entendemos los antagonismos y alianzas de clase por motivos puramente económicos, no entenderemos los fenómenos sociales e históricos. Y es que, debido a que la clase no es meramente económica fue posible la confluencia de diferentes fuerzas para poder crear instituciones o parámetros que obstaculizaran el progreso peligrosamente desenfrenado del libre mercado.

Polanyi analiza la crisis humana en la que su civilización está inmersa. Para ello, el autor trabaja al comienzo de *La gran transformación* las instituciones en las que la civilización del siglo XIX estaba fundada, siendo, según su análisis, una civilización única por comprender, una institución única en la historia: el sistema de mercados autorregulados. El autor considera este sistema utópico puesto que una sociedad tal no puede realizarse sin dañar profundamente las instituciones sociales y políticas que sustentan la sociedad. Esto es, efectivamente, lo que había ocurrido a comienzos del siglo XX, la sociedad de mercado explotó en una enorme crisis económica, política y social, dando lugar a la crisis de 1929, el surgimiento de los fascismos, la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial. La crisis surge precisamente debido a que una sociedad de mercado no puede funcionar porque, en última instancia, no se puede mercantilizar la sociedad en su totalidad. Las obras del autor están dedicadas, en parte, al estudio histórico y antropológico que justifica por qué el sistema de mercados autorregulados es único, y no universal como la teoría liberal pretendía. “Una vez que el desequilibrio ha adquirido ímpetu solamente la

fuerza puede hacerlo desaparecer. Es una perogrullada decir que para asegurar la paz deben eliminarse las causas de la guerra; pero generalmente no se comprende que para hacerlo, el curso de la vida debe ser controlado en su fuente”.⁶¹

Las mercancías ficticias posibilitan la subsunción de la sociedad en la economía, causando así estragos en la sociedad, siendo éstos a su vez ocultados y debilitados por el enfoque economicista que sólo advierte de la explotación de las clases trabajadoras: “no es la explotación económica, como frecuentemente se supone, sino la desintegración del medio cultural de la víctima la causa de la desintegración”.⁶² Pero, el autor analiza, además, que la sociedad se autoprotege en un movimiento contrario a la expansión económica liberal; en el ámbito político se crean legislaciones conocidas como antiliberales —muy a pesar de los liberales, que no dejan de hacer feroces críticas, la política interviene en la economía a través del Estado. Esta crítica al intervencionismo nos hace ver, a su vez, la hipocresía del liberalismo económico y sus tintes ideológicos. A sus ojos, el intervencionismo es contrario a la naturaleza: la economía tiene que poder ser autónoma; pero ante los monopolios coloniales se acepta que haya que intervenir mediante la administración para asegurar el libre comercio. Se forman así los Estados liberales. Polanyi, tras las intervenciones requeridas a partir de la Primera Guerra Mundial —que a su vez, volvieron a instaurar el libre mercado para caer, de nuevo, en una profunda crisis— escribe: “Es inconsecuente no reconocer como intervenciones más que aquellas que van en favor de obreros y campesinos. Tal actitud reposa sobre la representación confortable de que las medidas destinadas a la restauración de la situación anterior a la guerra tenían una justificación en sí mismas.”⁶³

Es fundamental lo que el autor llama *racionalismo económico* para que los dos procesos anteriores se den. Decíamos que a ojos del autor el problema fundamental de la civilización del siglo XIX había sido la separación entre economía y sociedad, que ocurría gracias a considerar la acción económica como natural. Polanyi no solo pone en entredicho esta afirmación, sino que la muestra como consecuencia de una completa ignorancia hacia la historia y el conocimiento de sociedades anteriores por una parte, y como consecuencia, pero también fundamento —dejando ver así la propia trampa de una argumentación circular—, del considerar como intervención sólo aquellas medidas hechas a favor de la justicia y derechos

⁶¹ K. POLANYI, *La gran transformación*, Fondo de cultura económica, México, 1992, p.24

⁶² *Ibid.* p.218.

⁶³ K. POLANYI, *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Capitán Swing, Madrid, 2014, p.40.

sociales.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA UTOPIA LIBERAL. La tesis de Polanyi es, pues, que el sistema de mercados sólo funciona si opera con pretensión de exclusividad. En un sistema en el que la economía no fuera reducida al mercado, el mercado no estaría autorregulado puesto que otros muchos factores operarían en la sociedad como ocurría en los sistemas económicos anteriores. Para que el sistema de mercado funcione como tal, la economía tiene que constituirse como institución separada de la sociedad, puesto que, el mercado no significa en sí una nueva forma de sistema económico mientras la economía siga inmersa como parte de la sociedad. Sólo si la economía se constituye como institución independiente, podrá el mercado ser garante de tal institución. Pero para que esto ocurra, a su vez, la sociedad tiene que adaptarse a la institución mercantil. Si para que el sistema de mercado funcione ni el precio, ni el suministro, ni la demanda deben ser fijados o regulados, el contacto entre vendedores y compradores, que no es más que otra forma de llamar al mercado, pasa a depender de este mecanismo. La sociedad entera pasa a depender de las transacciones compra-venta. En un sistema tal, la sociedad es relegada por la economía, la autorregulación prima sobre cualquier otra relación, llegando a destruir así todo lo que sea un obstáculo en su camino. El sistema de mercado transforma así la sustancia natural y humana de la sociedad en mercancías, alterando las relaciones humanas y aniquilando el medio natural en el que éstas se dan.

44

Porque una vez que el sistema económico está organizado en instituciones separadas, basadas en motivos específicos y que confieren una situación especial, la sociedad debe ser moldeada en forma tal que permita funcionar al sistema de acuerdo con sus propias leyes. Este es el significado de la afirmación familiar de que una economía mercantil solamente puede funcionar en una sociedad mercantil.⁶⁴

De esta manera podemos entrever por qué Polanyi asegura que la historia económica ortodoxa —tanto el liberalismo como el marxismo— ha exagerado la importancia de los mercados como tales. Ambas corrientes se centraron casi por exclusivo en el carácter económico de la sociedad, analizaron la sociedad en su conjunto —los problemas y dificultades de cada época, así como el desarrollo y progreso social— desde el análisis de la economía, juzgando de este modo acontecimientos sociales en clave económica. Sin embargo, negaron la importancia del análisis de la economía primitiva —Polanyi pone de manifiesto que será Max Weber el primero en

⁶⁴ *Ibid.*, p.90.

resaltar su importancia—, permitiéndoles así asegurar la existencia del *homo economicus*, y olvidándose de que, por lo general, la economía queda reducida en sus relaciones sociales, es decir, que el sistema económico está regido por motivos no económicos, o al menos, no exclusivamente económicos.

El surgimiento del mercado como nueva institución específica del sistema económico será el causante de la nueva civilización según este diagnóstico, sistema que organiza la totalidad de nuestra sociedad. En otras sociedades la economía se inscribe dentro de las propias relaciones sociales. La economía no deja de ser necesaria para estas formas de vida pero, en contra de la hipótesis del liberal Adam Smith, no están basadas en una suerte de mercado previo al nuestro —cuyo funcionamiento sería el del trueque. No es que el trueque sea inexistente, es sencillamente que aparece como una relación más entre otras tantas relaciones, sin prevalecer ni imponerse en ningún caso, y conformándose con la mera integración subordinada, como medio y no como fin en sí mismo. En palabras de nuestro autor:

45

El gran descubrimiento de la reciente investigación histórica y antropológica es que la economía humana está sumergida por regla general en las relaciones sociales de los hombres. El hombre no actúa para salvaguardar sus intereses individuales en la posesión de bienes materiales, sino para salvaguardar su posición social, sus derechos sociales. El hombre calcula los bienes materiales sólo en la medida en que sirvan a este fin. Ni el proceso de producción ni la distribución se conectan a los intereses específicos ligados a la posesión de bienes.⁶⁵

La motivación pensada por economistas clásicos como Smith había sido evidenciada como esencial en el siglo XIX: su ontología básica es que el ser humano es *homo economicus* y, por tanto, busca beneficio. El beneficio pasa a ser la manera de entender las relaciones sociales en su totalidad y el mecanismo que pondrá en movimiento el sistema de mercados autorregulados. Todos los ámbitos de la sociedad se entienden desde esta propensión,⁶⁶ que funciona como una suerte de profecía autocumplida, denunciada por Polanyi con gran énfasis: “retrospectivamente puede decirse que jamás una mala interpretación del pasado resultó tan acertada al profetizar el futuro.”⁶⁷ En otras sociedades, el sistema económico no cumple

⁶⁵ *Ibid.*, p.56. Esta cita se refiere a los análisis antropológicos antes dichos, si bien es totalmente inscribible a la propia tesis del autor, la cual irá desarrollando, justificando y matizando en lo que sigue la obra.

⁶⁶ Se sientan las bases para lo que posteriormente ocurrirá —tendencialmente—, y que otro historiador de la economía como Wallerstein llamó “mercantilización de todas las cosas.”

⁶⁷ *La gran transformación*, Op. Cit, p.71.

más que una entre otras funciones de la organización social.

Polanyi analiza con detenimiento las sociedades tribales⁶⁸, las cuales a su vez arrojan luz y refuerzan sus argumentaciones. En esa misma dirección hace también un análisis de lo que ocurría en la Europa Occidental hasta el final del feudalismo —esto es, que el mercado no era fundamental en la economía, ni razón de ella. Los frailes organizaban mercados por razones religiosas, la economía feudal seguía criterios tradicionales, los *kwakitul* lo hacía por razones de honor⁶⁹, etc. En una palabra, de nuevo: la economía no regía la sociedad, sino que era una forma específica de organizar y manifestar tal sociedad. La organización de la economía al margen de las relaciones sociales, es decir, fundamentalmente de las relaciones de parentesco, era inconcebible en las sociedades primitivas.⁷⁰ Este sistema toma varias formas —reciprocidad, redistribución, actividad hogareña e intercambio—, así como combinaciones de cada una de ellas, pero ninguna de ellas se considera independiente la sociedad misma, ni mucho menos ésta depende de ellas.

46

En opinión de Polanyi Adam Smith marcó el final de una era inaugurada por los inventores del Estado: Thomas Moro, Maquiavelo, Lutero y Calvino. El siglo XIX había sido caracterizado por el descubrimiento de una sociedad, por parte de autores como Ricardo o Hegel, que sometía al estado a sus propias leyes. Desde este contexto Smith defendió que la economía política debía ser una ciencia humana, es decir, había que tratar lo natural en el hombre: la economía. En adelante se tomarían los análisis de los liberales, de manera que “un nuevo modo de vida se extendió por el planeta con una pretensión de universalidad sin paralelo desde la época en que el cristianismo inició su carrera, sólo que esta vez el movimiento se desarrollaba en un plano puramente material”.⁷¹

EL RACIONALISMO ECONÓMICO. En *El sustento del hombre* o en “La economía como actividad institucionalizada”⁷² encontramos concretada la crítica a lo

⁶⁸ Se vincula así, en cierto sentido, a la “moda” estructuralista de remitirse a imágenes o prácticas tribales para dar explicación a los acontecimientos contemporáneos, debidos a los descubrimientos de Marcel Mauss y otros antropólogos. Polanyi se basa fundamentalmente en los trabajos de Malinowski y de Thurnwald. Sin embargo, sobre todo en *El sustento del hombre*, se detendrá en las formas feudales y antiguas de la economía.

⁶⁹ “Nuestra obsoleta mentalidad de mercado” en *Los límites del mercado*, Op. Cit., p.334. El autor analiza detenidamente este tipo de sociedades y economías en las tres obras que trabajamos aquí, sin embargo, para un análisis más profundo habría que acudir a *El sustento del hombre*.

⁷⁰ *El sustento del hombre*, Op. Cit., p.129.

⁷¹ *Ibid.*, p.187.

⁷² En *Los límites del mercado*, Op. Cit., pp.187-222.

que nuestro autor llama racionalismo económico, que en *La gran transformación* simplemente se entreveía. En estos textos Polanyi vuelve a arremeter contra la ciega confianza en el mercado autorregulado, en la tecnología y en el progreso. Nuestro autor está receloso, pero es consciente de las ventajas y mejoras que trae la tecnología. Critica las “soluciones fáciles” a los problemas sociales, que según el autor son aquellas soluciones económicas que confían plenamente en el progreso y la tecnologización, y que juegan, por tanto, con mayor ventaja que las soluciones sociales a largo plazo.

No es la razón en sí misma la que lleva a la desnaturalización del ser humano, sino la falta de sentido común. El liberalismo es una corriente de rápidos en la que la civilización del siglo XIX cayó y no supo salir. Hubiera sido tan fácil como aferrarse a una roca y, saltando de una a otra, salir del río para caminar junto a él. Más despacio, pero sin peligro alguno. Eventualmente, fue posible trepar a alguna de ellas, pero las embestidas de las olas lo devolvían todo a la corriente. Hasta que el sistema de mercado devino en ideología hegemónica y ya no se pudieron ver las rocas.

Defendemos aquí que para que esta fe ciega se diera tanto en la técnica como en la industria, fueron necesarios ciertos mecanismos o herramientas teóricas. Es decir, se definió y defendió la economía como algo muy concreto que acabó afectando a cómo se comprendía la actividad económica y con ella, la misma sociedad. En este punto es importante hacer notar las dos definiciones de economía que Polanyi recupera: las definiciones, conceptualizaciones y categorías que utilizaron los teóricos afectarían de hecho tanto al análisis como al desarrollo mismo del sistema económico y con él, de la sociedad. Distingue entre la definición formal y la definición substantiva,⁷³ la primera se refiere al carácter lógico de las relaciones entre medios y fines, y es relacionable con la escasez. La segunda, sin embargo, apela a la sociedad, a los hechos empíricos, simplemente señala que el ser humano no puede subsistir sin un entorno físico que lo sustente; está motivada por la circulación de personas y cosas y depende de la cadena de trabajo, del tiempo, del espacio, etc., es decir, se refiere a una actividad concebida como una praxis cultural, institucionalizada de diversas formas.⁷⁴ El error que señala el autor es el que las Ciencias Sociales no distingan entre estas definiciones, de manera que es “fácil” caer en la *falacia económica*, a saber, identificar la economía humana con su forma de mercado, mantenido a través de la noción de escasez: el temor al hambre del obrero y el deseo de ganancia del patrón.⁷⁵ La raíz del error se encuentra en que no se discutió en

⁷³ *El sustento del hombre*, Op. Cit., pp. 91-106.

⁷⁴ *Ibid.*, p.47.

⁷⁵ *Ibid.*, p.83.

ningún momento cual era el significado de *hombre económico*,⁷⁶ se abandonó el concepto substantivo de la economía por el formal, deformando así la definición misma de economía.

En este proceso de identificación de la economía con su definición formal, como ya hemos dicho, el autor identifica el factor hambre como uno de los factores centrales mediante los que se empezó a entender la economía. De nuevo, se aísla un elemento natural y se usa como medio para intensificar la motivación al trabajo, a la adquisición, a lo material. El hambre pasa a ser un elemento puramente económico, y el miedo a este intensifica la esclavitud a un sistema mercantil basado en la adquisición material. En último término, bajo el supuesto de la tensión hambre-ganancia, se acaba entendiendo al ser humano como esencialmente económico, el hombre económico es ahora el hombre real, y así, el sistema económico pasa a ser la sociedad real.

48

A partir de entonces cobró cuerpo la creencia universal de que no había suficiente para todos; a veces como proposición de sentido común sobre la naturaleza limitada de la oferta, otras como un postulado filosóficamente temerario sobre la naturaleza ilimitada de las necesidades y deseos individuales. Pero en ambos casos, mientras dicha afirmación proclamaba ser empírica, no era más que una aserción dogmática que tapaba una definición arbitraria y una circunstancia histórica específica. Una vez que el ser humano quedaba circunscrito a ser «un individuo del mercado», la proposición a la que aludimos era fácil de justificar. De todos sus deseos y necesidades, el hombre sólo podía satisfacer aquellos relacionados con el dinero a través de la adquisición de cosas brindadas por el mercado; los propios deseos y las necesidades quedaron limitados a los de los individuos aislados.⁷⁷

Según el análisis del autor, en el capitalismo los individuos son entidades autónomas abandonadas a sí mismas. Esta construcción del *individuo capitalista* pasa por las lógicas del racionalismo económico, que había colocado como premisa lógica la escasez, de manera que cada individuo lucha por abastecerse a sí mismo: “hacer de la sociedad un conjunto de átomos y de cada individuo un átomo que se comporta según los principios del racionalismo económico, colocaría el total de la existencia humana, con toda su riqueza y profundidad, en el esquema referencial del

⁷⁶ Como hemos apuntado algo más arriba, Polanyi no niega el valor de la economía en el ser humano y en tanto que siempre se relaciona con su entorno etc. considera la imposibilidad de un hombre a-económico. Ahora bien, como desarrollaremos en este apartado “hombre económico” se refiere a la definición formal de economía, es decir, a que el ser humano se relaciona naturalmente mediante mercados, y esto es algo que nuestro autor negará rotundamente.

⁷⁷ *Ibid.*, p.101.

mercado”.⁷⁸ Pero es causado a su vez debido a la mercantilización del trabajo: “separar al trabajo de otras actividades de la vida y someterlo a las leyes del mercado fue aniquilar todas las formas orgánicas de la existencia y reemplazarlas por un tipo diferente de organización atomística e individualista”.⁷⁹ Este tipo de organización requiere además que en la práctica queden liquidadas las organizaciones no contractuales de parentesco, vecindad y profesión: éstas exigen la lealtad del individuo y restringen su libertad.

Polanyi muestra así la contingencia histórica de la mentalidad de mercado que, sin embargo, gracias a herramientas teóricas, crea un imaginario compuesto por prejuicios economicistas que se van cumpliendo, dotándoles de una pretendida universalidad. Esta argumentación es, no obstante, circular: se definen y crean categorías primero, se aplican éstas a una forma determinada de economía, creada a su vez por el propio aparato conceptual. Se entiende entonces que tales conceptos funcionan —pero no se tiene en cuenta que ambos procesos son paralelos: la creación de conceptos y categorías y la creación del sistema— y se lee toda la historia económica desde éstos, desfigurando así el propio concepto de lo económico, pero que a su vez, legitima el sistema del que las categorías habían surgido en primer lugar. De esta forma se configura una subjetividad basada en la economía, es decir, una conciencia que encuentra preeminencia absoluta de lo económico en toda sociedad humana.

Afirmar que los hábitos y costumbres de la sociedad de mercado tienden a ir acompañados de un cierto tipo de razonamiento económico, es enteramente compatible con el más absoluto rechazo de la visión ilusoria del predominio eterno del factor económico en los asuntos humanos. El siglo diecinueve, que universalizó el mercado, experimentó el determinismo económico en su vida diaria y se inclinó a presumir que tal determinismo era eterno y general. Su dogmatismo materialista con respecto a los hombres y la sociedad reflejaba las instituciones que conformaron su entorno. Afirmar que tales nociones centradas obsesivamente en lo económico, reflejando unas condiciones temporales, resultan un obstáculo para la solución de problemas más amplios [...] es, simplemente, mostrar lo evidente.⁸⁰

Polanyi denuncia además que este tipo de racionalismo económico no fue motor únicamente de las teorías liberales, sino que el marxismo ortodoxo también pecó de ello, de manera que ninguna teoría político-económica de la época pudo captar lo que realmente estaba sucediendo, a saber, la

⁷⁸ *Ibid.*, p.86.

⁷⁹ *La Gran Transformación*, Op. Cit., p.229.

⁸⁰ *Ibid.*, p.63.

mercantilización artificial de las propias formas de vida, y con ello, la destrucción de las mismas. El problema con la teoría clasista, que considera la historia como historia económica cuyo motor es la lucha de clases —sea esta lucha entendida como lucha por lograr intereses egoístas o lucha por la justicia social—, es que se queda anticuada tras la Revolución industrial y sus efectos: diversas culturas separadas —tras el imperialismo muchísimas más—, pero todas ellas industriales, con diferentes valores centrales, éstos inconmensurables. El antagonismo proletariado/burguesía o burguesía/aristocracia —más campesinado uniéndose a un polo u otro— se queda corto ante este panorama: “la suerte de las clases se determina por las necesidades de la sociedad con frecuencia mucho mayor de lo que ocurre cuando la suerte de la sociedad se determina por las necesidades de las clases.”⁸¹ Polanyi sustenta esta afirmación defendiendo que los intereses de clase no ofrecen una explicación de ningún proceso social de desarrollo prolongado por una parte, y denunciado como falsa doctrina el considerar las clases como esencialmente económicas. Los intereses de una clase son mucho más sociales que económicos; una clase es la posición, el rango en la sociedad, la calidad de vida y seguridad de la que se disfruta, en último término, una forma de vida. El movimiento autoprotector de la sociedad del que hablábamos más arriba no es causado, por tanto, por ninguna clase económica —aunque sí puede verse influenciado por ella—, sino por las sustancias sociales amenazadas por el mercado.

50

Como exponíamos al inicio de epígrafe, una de las causas de que este racionalismo económico se diera fue el identificar la economía únicamente con su aspecto formal. Dentro de estas coordenadas, economizar sería sinónimo de maximizar —obtener el máximo resultado de los propios medios. Polanyi denuncia la pretendida neutralidad del verbo economizar, pues precisamente el discurso liberal apela a una supuesta universalidad, cuando la maximización es simplemente una manera muy específica de entender culturalmente lo económico. Es a esto a lo que llamará falacia económica.

El racionalismo económico del que somos herederos postula un tipo de acción esencialmente económica. En esta perspectiva, el actor (un hombre, familia, una sociedad entera) se le presenta como enfrentado a un entorno natural que se resiste a proporcionar sus elementos vitales para el sustento humano. La acción económica —o, más exactamente, la acción economizadora, la esencia de la racionalidad— se considera, pues, como una forma de disponer el tiempo y la energía para que en esta relación entre el hombre y la naturaleza se alcance un máximo de objetivos, y la economía se convierte en el terreno en el que se desarrolla dicha acción. Por supuesto, se admite que en realidad el funcionamiento de esta economía puede estar

⁸¹*Ibid.*, p.212.

sometido a la influencia multiforme de otros factores de carácter no económico, ya sean políticos, militares, artísticos o religiosos, pero el meollo de la racionalidad utilitaria sigue siendo el modelo de la economía.⁸²

La interpretación del ser humano como esencialmente económico conduce a anteponer cualquier cuestión económica a todos los demás problemas, fenómenos o cuestiones sociales, relegando así las propias formas de vida humanas a un segundo plano, lo que llevará a una enorme crisis social —que, en muchos casos, ni siquiera se lee como crisis social. Esta premisa afectará al desarrollo teórico, ya no sólo de los ámbitos pertenecientes a la economía, sino al análisis de la historia y antropología misma, cegando los fenómenos sociales ocurridos a lo largo de los últimos siglos y condicionando una lectura e interpretación concreta de la historia que, a ojos del autor, es errónea.

51

LA EXPERIENCIA COMO REIVINDICACIÓN POLÍTICA. Como venimos diciendo, desde el punto de vista de nuestro autor, la civilización del siglo XIX —y después la del XX— entró en crisis debido a la separación efectiva entre sociedad y economía, junto con la subyugación de la sociedad a la economía. Esta separación se dio gracias a un nuevo elemento en el engranaje social: el sistema de mercado autorregulado.

Se ha abierto un foso entre la economía y la política. Ese es, en palabras secas, el diagnóstico de esta época. Economía y política, esas dos formas de vida de la sociedad, se han vuelto autónomas y se hacen la guerra incesantemente; se han convertido en consignas en cuyo nombre los partidos políticos y las clases económicas expresan sus conflictos de intereses. [...] La izquierda se enraíza en la democracia, y la derecha en la economía. Es precisamente así como la relación disfuncional entre economía y política se despliega en una polaridad catastrófica.⁸³

Como hemos visto, esto ocurrirá con el apoyo de la instauración de la tierra, el trabajo y el dinero como mercancías que sustentarán el sistema y la sociedad de mercado: una sociedad en la que las relaciones humanas se despersonalizan y mercantilizan hasta cosificarse en una mediación impersonal y tecnificada. No obstante, no se conseguirá la mercantilización total de la sociedad gracias a lo que Polanyi llama la autoprotección de la sociedad. Esta autoprotección nos muestra, a su vez, el carácter corrosivo del capitalismo hacia el ámbito social o cultural, lo que para nuestro autor es, precisamente, el sustento del ser humano.

Ahora bien, lo que nuestro autor pone sobre la mesa es algo más: estos

⁸² K. POLANYI, “El lugar de la economía en la sociedad”, en *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Labor, Barcelona, 1976, p.285.

⁸³ “Economía y democracia”, en *Los límites del mercado*, Op. Cit., p. 53 (subrayado mío).

procesos son sustentados por lo que él denomina racionalismo económico: por el uso de la razón de forma aislada de la práctica o experiencia para instaurar conceptos sesgados de su total significado de forma que funcionen para instaurar el sistema de mercados autorregulados como premisa misma de la sociedad humana. El uso arbitrario de estos conceptos así como las generalizaciones y el establecimiento arbitrario de universales han generado el ocultamiento de las prioridades humanas o sociales y han generado una crisis en nuestra sociedad. Es precisamente mediante el análisis de la racionalidad aislada de la experiencia como podemos entender la importancia que le da Polanyi a las formas de vida más concretas, a la necesidad de atender la singularidad, a lo concreto de cada experiencia: si nos basamos en abstracciones la migración del campo a la ciudad se entiende como un nuevo paradigma económico o productivo, un cambio en la sociedad donde el trabajo se concentra en la ciudad y los trabajadores migran en su busca. Si atendemos al significado mismo de la experiencia del campesino que lo abandona todo —ya no solo sus bienes materiales, sino su propia forma de relacionarse con su entorno— para encontrar una vida precaria en la ciudad, es cuando percibimos la catástrofe social.

52

En el capitalismo el individuo se entiende como átomo o engranaje, y las motivaciones e intereses individuales sirven para establecer, mediante la racionalización económica que inserta la escasez como motivación principal, el paradigma del *homo economicus*. El individuo no es tampoco reducible a miembro de una clase económica, sino que está inscrito en multitudes de relaciones que son las que conforman la sociedad misma. Polanyi no sólo remarcó la importancia de atender a principios no económicos, sino también a la importancia de la experiencia y no sólo de la teoría, denunciando la pretensiones de la racionalización y el universalismo así como los problemas prácticos que surgen de las vaguedades y confusiones teóricas: “el método a utilizar viene dado por la interdependencia entre la razón y la experiencia”.⁸⁴ Desde su perspectiva, una mala lectura de la historia del capitalismo llevó a malas políticas, o mejor, a oscurecer la propia práctica política y social.

Nuestro pensamiento social, enfocado como está en la esfera de lo económico, está por esa misma razón mal preparado para enfrentarse a las necesidades económicas de esta época de cambios. Una sociedad netamente de mercado como la nuestra, tiene que encontrar difícil, si no imposible, apreciar equitativamente las limitaciones de la importancia de lo económico.⁸⁵

Nuestro autor denuncia el reduccionismo de considerar las clases como meramente económicas, y denuncia asimismo que esta concepción

⁸⁴ *El sustento del hombre*, Op. Cit., p.71.

⁸⁵ *Ibid.*, p.62.

condicionará el pensamiento político. El racionalismo económico, afirma, se abstrae en conceptos, hasta el punto de llegar a definir al propio ser humano como mercancía, sin llegar a atender a la experiencia real, a la singularidad, al individuo concreto que sufre; así, afirma en *El sustento del hombre*: “La absorción de la economía por los conceptos mercantiles fue tan total que ninguna de las disciplinas sociales pudo escapar a sus efectos. Imperceptiblemente todas ellas se convirtieron en baluartes de los modos de pensamiento económicos”.⁸⁶ Y un poco antes, en la misma obra: “La postura más correcta es tener cuidado ante las generalizaciones abstractas en cuestiones económicas, ya que tienden a oscurecer y simplificar la trama de situaciones reales, cuando son estas últimas las únicas que deben importarnos”.⁸⁷

Como ya hemos dicho, según nuestro autor, el problema del capitalismo ha sido el separar economía de la política, ambas dimensiones de la sociedad, y la sociedad misma ha quedado relegada a un segundo plano: los desastres ocurridos en la sociedad se han venido midiendo, comparando o asemejando a fenómenos económicos. Polanyi defiende que tanto economía como cultura deberían darse juntas, no sólo como parte de la sociedad sino también de la vida —llegando a afirmar, por ejemplo, que dentro de los derechos laborales no sólo hay que tener en cuenta lo material sino también ciertos aspectos más “espirituales”—, pero por otra parte, su análisis constata la separación institucional —y artificial que ha habido. Ahora bien, es precisamente debido a esta separación efectuada durante los siglos XIX y XX que la “humanidad está en crisis” y es debido a que esta separación es meramente institucional y no real que ciertas estructuras sociales siguen protegiendo ciertos aspectos de la vida. Es por esto que creemos de gran importancia la aportación de Polanyi tanto a la historia socioeconómica como a la filosofía, y pensamos que podría ser una buena base desde donde partir en las polémicas actuales. “Estamos atrapados en un dilema: continuar por la senda de una utopía destinada a la destrucción, o detenerse en el camino y arriesgarnos a perturbar este sistema maravilloso pero extremadamente artificial”.⁸⁸

Considerar que la historia y la historia económica tienen una continuidad orgánica, así como considerar el progreso como crecimiento inconsciente, debilita el poder del ser humano para crear su propia historia, una consideración que iría en paralelo de cómo la fe ciega en la razón y en su continuo progreso mina la capacidad del ser humano en restablecer los ideales de la justicia, la ley y la libertad en sus cambiantes instituciones.⁸⁹ El

⁸⁶ *Ibid.*, p.90.

⁸⁷ *Ibid.*, p.64.

⁸⁸ “La tendencia hacia una sociedad integrada”, en *Los límites del mercado*, Op. Cit., p.322.

⁸⁹ *El sustento del hombre*, Op. Cit. p.71.

análisis del autor muestra que lo económico se localiza en una serie de procesos sociales e institucionales que no son específicamente económicos. No haber reparado en ello, sin embargo, eclipsa tanto la noción de economía misma, como la noción y el pensamiento político, pervirtiendo así estos mismos conceptos de justicia, ley y libertad:⁹⁰

[...] la justicia y la ley, que formaban parte de la estructura institucional de las primeras sociedades, perdieron su fuerza bajo la organización mercantil de la sociedad. [...] El solipsismo económico generó un concepto insulso de justicia ley y libertad, en nombre del cual la historiografía moderna negó toda credibilidad a los incontables textos antiguos, en los que se declaraba que el fin del estado era el establecimiento de la rectitud, la insistencia en la ley y el mantenimiento de una economía central sin opresión burocrática.⁹¹

54

La apuesta de Polanyi, podríamos decir, es entender la sociedad como algo mayor a la economía y a la política, la sociedad sería el conjunto de todos los elementos o ámbitos humanos.

BIBLIOGRAFÍA

- KARL POLANYI, *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Labor, Barcelona, 1976.
KARL POLANYI, *El sustento del hombre*, Mondadori, Barcelona, 1994.
KARL POLANYI, *La gran transformación*, Fondo de cultura económica, México, 1992.
KARL POLANYI *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Capitán Swing, Madrid, 2014.

⁹⁰ *Ibid.*, p.89.

⁹¹ *Ibid.*, p.95